

EN HONOR A DON EFRAÍN GONZÁLEZ TEJERA*

REFLEXIÓN

VIVIAN I. NEPTUNE RIVERA**

ESCRIBIÓ NUESTRO QUERIDO DON EFRAÍN GONZÁLEZ TEJERA, EN ABRIL DEL 2013, en *La UPR, los libros y las bibliotecas: Amoríos de un viejo profesor* con motivo del 50 aniversario de la Biblioteca de la Escuela de Derecho, que llegó a la Universidad de Puerto Rico en el año 1949, una brillante mañana de agosto, por la entrada principal de la Avenida Ponce de León.¹ Indicó: “Las ramas de ambas filas de palmeras, dada su juventud, acariciaban la hierba. Los árboles, por la misma razón, como decía un poeta, reían en las suyas”.² Por las situaciones difíciles y tensas que se vivían en el Recinto, nos dijo que en ese momento en que nos compartía sus palabras, *los árboles gemían en sus copas*.³ Hoy, sin lugar a dudas, gimen, pero por otra razón: porque tienen que ser testigos de la despedida a uno de los más queridos miembros de su claustro, a uno de los mejores, para muchos, el mejor universitario que haya tenido el placer y el privilegio esta universidad de hacerlo uno de los suyos.

Muchos de los aquí convocados estamos presentes porque fuimos sus estudiantes, o fue Rector mientras estudiábamos o trabajábamos en el Recinto, o porque nos ofreció su amistad incondicional mientras transitaba y coincidía con nosotros por los pasillos, jardines, oficinas o salones de este hermoso Recinto. O, todas las anteriores. Tuve el privilegio, al igual que muchos, de pertenecer a ese grupo de *todas las anteriores*. Porque como profesor, nadie lo podía igualar, en su rigurosidad, pasión y entrega. Porque como Rector brindó estabilidad y ejemplo de valentía, tesón y nobleza al mantener el timón en tiempos difíciles y con el arte de un excelente capitán, sin derramar una sola gota de agua ni permitir que nadie cayera por la borda. Y ese era su don: tras la suavidad de sus palabras, su elegancia, su porte de galán, con mano férrea defender sus ideales, su amor a la Tierra, a Puerto Rico, a su familia y a la Universidad. Y como mentor, amigo, y compañero, brindó a todos su sonrisa contagiosa, apretón de manos afable, mirada profunda y alegría de vivir, aportar y crear.

* Reflexión realizada en las honras fúnebres del Dr. Efraín González Tejera, el 2 de enero de 2015, en la rotonda de la Universidad de Puerto Rico.

** Decana, Escuela de Derecho UPR.

1 Efraín González Tejera, *Prólogo* a CIENT AÑOS DE LA ESCUELA DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO 1913-2013 (2013).

2 *Id.* en la pág. xii.

3 *Id.*

La Escuela de Derecho tuvo el privilegio de tenerlo por cincuenta y cinco años como profesor. Me comentaba el profesor *emeritus*, ex decano y amigo incondicional de Don Efraín, el Profesor David Helfeld, que él ayudó a ser posible los estudios en Harvard de González Tejera. Estudió con los mejores y demostró que desde Utuado a Boston, solo un paso hay. Y como no le bastó el primer paso que dio en el 1958, regresó a hacer el Doctorado en el 1962 y 1967. Comenzó como profesor en nuestra Escuela en el 1959.

En este Recinto y en nuestra Escuela de Derecho, presencié todos los cambios, vivió todos los retos y también todas las satisfacciones que ser un académico brinda a los que accedemos a esta profesión. Entre esas satisfacciones conversamos en la Casa Abierta, con motivo del Centenario de la Escuela de Derecho, llevada a cabo el 22 de septiembre del 2013, en la que fue parte del panel sobre el pasado, presente y futuro de la Escuela de Derecho con los compañeros profesores Carlos Díaz Olivo y Erika Fontánez Torres. Todos concordamos en que él representaba el futuro. También recordamos la Gala del Centenario de la Escuela, celebrada en el Casino de Puerto Rico, a la cual asistió impecablemente vestido con la elegancia que lo caracterizaba, y la disfrutó en plenitud. La compañera profesora Nilda Navarro conserva una hermosa foto de esa noche. Pero lo que con más alegría rememoró en nuestra conversación, fue el Doctorado *Honoris Causa* otorgado a la jueza Sonia Sotomayor y la alegría tan grande que sintió al ser parte de la historia, estar en primera fila en tan importante ocasión y luego poder compartir en persona con la Jueza.

Su experiencia y sabiduría nos ayudaron a muchos a crecer, a madurar y a transformarnos en mejores profesores, en mejores administradores, en mejores seres humanos. Porque al ver su ejemplo, su amor por crear y enseñar a las nuevas generaciones, nos motivaba a ser cada día mejores. Por eso nos dijo esa mañana de abril: “Para estar vinculado a esta Escuela y a esta Universidad hay que quererla mucho, es indispensable vivir con pasión lo que se hace”.⁴

En el hospital, ahora en su convalecencia, bromeamos sobre su continua presencia en la Escuela. No faltaba ni un solo día. Sin lugar a dudas, era quien más utilizaba la oficina y nuestra maravillosa Biblioteca. Me dijo entre risas, “Yo sí le puedo decir quien va y quien no va a la Escuela”. Y le dije, “usted es el mejor registro de asistencia para la facultad que puedo tener, porque sabe de memoria el que cumple con las horas de oficina y el que no.” A todos nos visitaba, escritorio por escritorio, repartiendo guineos, aguacates y hasta panas, todos frutos de su cosecha en su hermoso huerto.

Fue pilar de la Educación Jurídica Continua en Puerto Rico, encomienda que con mucho orgullo aceptó del ex juez presidente Federico Hernández Denton y que con magistral destreza llevó a cabo. Aceptó con entusiasmo y compromiso todo llamado que recibió, tanto del Ejecutivo como de las Ramas Legislativa y Judicial. De igual modo, colaboró en la Universidad en todas las facetas que le fueron requeridas, aún luego de cesar en su función como Rector. Cuando muchos tenían un *no* como respuesta a cada petición de servicio, González Tejera

4 *Id.*

solo respondía sí. Sí, porque comprendía a cabalidad que el amor se demuestra con actos, y el que dice amar a la Universidad, tiene que servirle. Y no pensando en lo que obtendrá a cambio, sino en el beneficio que su servicio dará a la comunidad a la que sirve. Por eso, a pesar de estar jubilado, aceptaba más encomiendas que cuando estaba activo. Todos los semestres impartía un seminario ad honorem, ya fuera de Fideicomisos o de Planificación Sucesoral. Trabajaba arduamente en la tercera edición de su libro de Sucesiones. Participó en los comités de facultad a los que fue elegido, siendo uno de los últimos el de búsqueda de decano o decana en el 2011, donde tuve el privilegio de contar con el aval de ese comité y de él como presidente, para estar frente a ustedes aquí hoy.

Y el lunes, 29 de diciembre, en su cama en el Hospital San Francisco, lo recordó. Le agradecí la confianza depositada y con una sonrisa en sus labios y apretando fuertemente y levantando mi mano me dijo: *“Hicimos historia. La primera mujer decana”*. Conmovidada por su desprendimiento y su humildad le dije: “La historia la ha hecho usted por amar tanto a nuestra Escuela, a nuestro Recinto, y por ser motivación y ejemplo para todos los miembros de la cátedra y de la profesión legal”.

Me pidió que, en este acto, recordáramos la alegría y satisfacción que la academia trajo a su vida. También, que lo despidiéramos como se hacía a los rectores en esta rotonda. Me negaba a aceptar que se estaba despidiendo. Pero luego entendí que él ya sabía que su momento había llegado. Le dije: “No tiene ni que pedirlo. La Universidad se desbordará, porque usted es uno de sus hijos predilectos. Porque todo el que tuvo el privilegio de conocerlo solo habla maravillas de su bondad y generosidad. Le prometo que así lo haremos.” Querido González Tejera: misión cumplida. Aquí estamos todos y todas, sus compañeros, sus estudiantes, su familia, sus amigos, recordando su vida, su alegría de servir, sin necesidad de pedirlo, porque espontáneamente ha brotado el amor que todos sentimos hacia usted y hacia su familia.

Gracias a sus hijos, que siempre fueron y son su orgullo: Efraín, Padre Rafael y Carlos, sus nietos y nietas, y su adorada esposa Sara, por haber compartido a González Tejera con nosotros por tantos años. Gracias, porque en el último día de su vida fueron tan desprendidos, que nos permitieron a mí y a sus entrañables amigos de facultad, que acudieron a visitarlo, compartir con él en esas últimas horas. Y pudimos sostener su mano, y sentir su fuerza, su calor, y decirle que estuviera en paz y tranquilo porque su legado siempre viviría en nosotros.

Hoy, en la rotonda en la cual usted despidió a tantos, le decimos: Usted siempre vivirá en cada hoja de sus libros, en cada párrafo de sus artículos y escritos, en cada palabra de sus presentaciones, en cada consejo brindado y seguido, y en el recuerdo de su hermosa sonrisa, porte elegante, blanca cabellera y saludo diario con el que nos llenaba de alegría y esperanza.

Y como escribió en el Prólogo del libro del Centenario de la Escuela de Derecho:

Sin libros, bibliotecas, leyes y Derecho —mis afectos por tantas décadas—
mi existencia como la de cientos de compañeros y compañeras en la Escuela de

Derecho de la Universidad de Puerto Rico, hubiera sido trunca Los invito a apropiarse de la misma pasión que les hablaba al principio, para iniciar y continuar con bríos hacia los próximos cien años.⁵

Así lo haremos. Hasta siempre Don Efraín González Tejera. Hasta siempre nuestro querido y eterno Rector.

5 *Id.* en la pág. xv.